





2007

● Carlos Enrique Castillo Peraza (*postmortem*)

Carlos Enrique Castillo Peraza nació en Mérida, Yucatán, el 17 de abril de 1947.

El panista cursó la cátedra de Filosofía en la Universidad Pontificia en Roma, y en la Universidad de Friburgo, Suiza, estudió la licenciatura en Letras.

Fue colaborador y articulista de diarios del país y se inició como periodista en el Diario de Yucatán. Además se desempeñó como catedrático en la Escuela de Filosofía de la Universidad La Salle de la Ciudad de México.

Desde 1967 fue miembro del PAN y ocupó cargos en su estructura estatal y nacional, como fundador y primer Director del Instituto de Estudios y Capacitación Política de Acción Nacional, Consejero Nacional en 1979 y miembro del Comité Ejecutivo en el mismo año.

En 1980 y 1988 fue candidato a Gobernador de Yucatán, y en 1984 a Presindete Municipal de Mérida; fue electo Diputado Federal a la LIV Legislatura, Representante del PAN ante la Comisión Estatal Electoral en 1985 y Secretario de Educación en el Gabinete Alternativo de Manuel J. Clouthier.

En 1993 fue nombrado Presidente Nacional del PAN, sus colaboradores más cercanos fueron Felipe Calderón Hinojosa, actual Presidente de México; Jesús Galván Muñoz, Enrique Caballero Peraza, Germán Martínez Cázares y Luis Correa Mena.

En 1997, Castillo Peraza fue candidato a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, junto con Cuauhtémoc Cárdenas (PRD) y Alfredo del Mazo (PRI). Al terminar el proceso se alejó de la política y renunció a su militancia activa en el PAN dedicándose a la academia.

El 8 de septiembre del 2000 falleció víctima de un infarto en Bonn, Alemania.

DISCURSO DEL C. SENADOR MARCO HUMBERTO AGUILAR CORONADO

Licenciado Felipe Calderón Hinojosa, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos; Ministro Guillermo Ortiz Mayagoitia, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; Licenciado Juan Sabines Guerrero, Gobernador Constitucional del Estado de Chiapas; Senador Santiago Creel Miranda, Presidente del Senado de la República; Diputado Cristián Castaño Contreras, Vicepresidente de la Cámara de Diputados; Julieta, Carlos y Julio, su esposa e hijos de nuestro querido Carlos Castillo Peraza; señoras y señores legisladores; señoras y señores:

La política entendida como obligación debida, asumida como responsabilidad de servicio al ser humano, a todos, de cualquier clase y credo, en cualquier lugar, entendida como servicio al semejante, pero fundamentalmente como entrega y comprensión para el diferente.

La política entendida como riesgo, como peligro, como sacrificio al que indefectiblemente había que enfrentar; la política entendida como verbo y la actividad política como verbo encarnado, y como democracia en acción. Por eso Carlos escribió, y estoy seguro que más que comunicando estaba rezando el credo personal en que fundaba su actividad política.

Decía: "Asumo mi responsabilidad y corro mi propio riesgo, pongo la parte que de acuerdo con mi conciencia estimo que me toca, hago públicos mi convicción y mi compromiso. No puedo, al menos por ahora, hacer mucho más, no me hubiera perdonado hacer ni un poco menos."

Al leer estas líneas, al recordar a Carlos me sorprenden mis propios sentimientos, no me embarga la profunda tristeza de septiembre de 2000 cuando la muerte, como siempre, llegó prematura. No me invade el vacío que dejó su ausencia física, lo extraño, sí, como lo extrañamos todos los que tuvimos la oportunidad de acompañarlo en alguna etapa de su vida. Pero hoy lo que siento es un profundo y auténtico orgullo por Carlos, por contarme entre los que compartimos sus reflexiones, sus anhelos, sus batallas y sus conquistas.

El mismo Carlos Castillo nos enseñó a enfrentar con entereza la muerte del ser querido, a no dejarnos vencer por la desesperación y a entender que la vida y la muerte tienen sentido.

"Hay un jardinero al que ninguna fruta se le cae verde y ninguna se le pudre en la rama", dijo alguna vez en ocasión de la muerte de un amigo.

Carlos dejó una herencia enorme. Fue un profundo creyente y su fe marcó la pauta con la que rigió su vida. Por eso fue un político honesto que nunca ocupó un cargo ni asumió una responsabilidad, si desde ella no podía llevar a la praxis su doctrina de vida.

Carlos hablaba con palabras y hablaba con acciones. Carlos encarnaba su fe y por eso era un hombre de servicio. Fue un profundo demócrata y su convicción marcó la pauta que rigió su vida desde todas las trincheras posibles, el periodismo, la militancia y la dirigencia partidista, el Congreso de la Unión y las candidaturas que enfrentaban caudillismos, luchó por la instauración de un México democrático.

Por eso fue el político del diálogo y de la tolerancia, de los acuerdos políticos honestos y constructores de bienes públicos. Siempre llevó con orgullo la conciencia de que las reformas construidas también desde la oposición eran servicio para México.

Carlos Castillo tuvo durante toda su vida una idea clara y una meta fija. Había que construir para México bien común. Había que diseñar herramientas que acabaran con la marginación y con la lacerante desigualdad. Había que humanizar la economía y dejar de divinizar al mercado con su lógica consumista y sus millones de pobres. Había que desterrar para siempre el presidencialismo metaconstitucional y establecer las bases del estado democrático de derecho.

Había que acabar con la cultura de la guerra, con la lógica del todo o nada para construir la lógica de la política. Es decir, la lógica de la complementariedad deliberadamente buscada, la del diálogo, de los consensos, de los acuerdos.

Carlos tuvo la visión, entendió su tiempo y al hacerlo entendió su destino, el bien público primordial, aquél sin el cual sería imposible la generación del resto de los bienes públicos, es justamente la política. La política entendida como herramienta para la generación de bienes por medio del orden vinculante que se crea por el diálogo, el debate e incluso la polémica. Sabía que la vida en sociedad, los intereses legítimos chocan entre sí y que en ello se manifiesta, permanentemente, la lógica de la guerra, la del triunfo de los más fuertes, de los mejor pertrechados o de los más inescrupulosos.

Entendió que en ese sustrato estaba cimentado el edificio autoritario en el que se había convertido el Estado Mexicano y consagró su vida a la construcción de una nueva Patria. De una Patria ordenada, pero ordenada por un derecho legítimamente creado y voluntariamente aceptado por la población. De una Patria generosa, pero generosa porque supo darse a instituciones que sirvieran a las necesidades de la gente y que pusieran en el centro del desarrollo integral, precisamente, al ser humano.

Entendió que su misión era poner en el centro de la vida nacional la lógica de la política. En medio de la cultura de la guerra, de la lógica del todo o nada, de la divinización del hombre fuerte y de la única voz, planteó la pregunta que se convirtió en su motivo. Sobre este humus guerrero, agresivo, sangriento, ¿Cómo puede florecer la planta dialogal, razonable, comprensiva y constructiva de la política?

Consagró su vida a una utopía, pero muy lejana a la isla solitaria e irrealizable del Moro. La de Carlos era menos la invención de un futuro que salvara al presente, producto de los silogismos de la razón que se aleja de la realidad hasta construir las más odiosas tiranías; y era mucho más, mucho más la convicción de que estamos obligados a buscar el porvenir posible por medio de una acción responsable en el hoy.

Supo que la trampa de nuestro tiempo eran los extremos, que con sus purezas y sus lógicas impecables, construían sociedades inhumanas, crueles, déspotas, autoritarias, implacables en la lógica del todo o nada y, por lo tanto, las más grandes enemigas del hombre y de su humanidad. Decía él: "Los extremos, por razones diferentes, olvidaron al hombre y lo han esclavizado, encarcelado, matado, hambreado, humillado, empobrecido y vulnerado a decenas de millones de seres humanos."

Son esos seres humanos los que de Siberia a la sierra de Puebla, de Sarajevo a Ometeppec, de Somalia a Ciudad Nezahualcóyotl, de Palestina a los Cárpatos, de la Sierra Tarahumara a Calcuta, no quieren más caudillos ni vanguardias, no quieren redentores terrestres, no quieren que nadie venga a hacerles lo que se supone que es su bien sin preguntárselo a ellos mismos y sin respetarlos.

Quieren, sí, ser autores de su presente y de su futuro. Quieren ser tomados en cuenta en las decisiones que tienen que ver con ellos. Quieren distribución equitativa del tener, de las oportunidades de saber y de los ámbitos de poder. Quieren, decía: democracia.

La respuesta, su respuesta, se convirtió en una demanda, en una propuesta para México, en una convicción íntima, profunda y motivadora: La Democracia.

Democracia entendida como institucionalización del diálogo que sea capaz de generar bienes públicos, como vigencia del estado de derecho, como tarea del bien común nacional e internacional, como organización razonable de libertades en la seguridad y en la paz.

Democracia en donde la derrota no envilece y la victoria no diviniza. En donde perder no humilla. Obedecer no rebaja. Ganar no ensoberbece. Y mandar no enferma.

Carlos nos enseñó con su ejemplo de vida, con su entereza y con su convicción a creer en la democracia, a mirarla siempre como una oportunidad y no como un peligro, a no temer al Gobierno de muchos ni a sus instituciones, a confiar en la opinión pública y a someternos a su juicio, a arriesgarnos a ser demócratas.

Señoras y señores legisladores; señoras y señores:

Hoy asistimos a un acto plenamente republicano, en donde uno de los poderes del Estado Nacional decide condecorar a Carlos Castillo Peraza con la Medalla Belisario Domínguez.

Estoy seguro que Carlos sabe que no sólo lo homenajeamos a él. Estoy convencido que sabe que lo que realmente estamos honrando es su causa. Hoy se privilegia y se hace honor a la política y a la democracia en este Senado de la República.

La decisión que tomamos fue producto de opiniones rectas, planteadas con honestidad y con valentía por todos los que tuvieron interés y derecho a hacerlo, aunque algunos tuvieran que disentir.

La medalla es un símbolo. El verdadero homenaje a Carlos Castillo Peraza es la vida diaria de esta Cámara, del Congreso de la Unión, de este país que erradicó el presidencialismo extremo y puso en el centro de la vida política al pluralismo, en donde todos cabemos y todos tenemos algo que decir, un interés que defender y un espacio público para hacerlo.

Carlos también se preguntó: ¿Cuál es el acontecimiento del tamaño necesario y suficiente para suscitar un cambio radical? ¿Cómo suscitarlo? ¿Quién podría hacerlo?

El Senador Belisario Domínguez se atrevió a provocar uno de esos acontecimientos, sabiendo que la vida le iba en juego tomó su destino en sus manos y pronunció los discursos de septiembre de 1913. Alzó la voz por la democracia y por la legitimidad del gobierno mexicano, preparando la bala del 7 de octubre de aquél año en que murió por la

Patria en defensa de la libertad. Ese fue uno, radical, de los muchos acontecimientos que prepararon el futuro que esperaba Carlos. La lucha del pueblo mexicano por la democracia fue larga, fue sangrienta, estuvo plagada de traiciones y retrocesos, pero lo logramos. Conquistamos la victoria cultural de la democracia para México y somos nosotros los que ahora debemos construir nuestra nueva utopía.

Castillo Peraza, junto con muchos hombres y mujeres de todas las convicciones que habitan en México, con personajes de la talla de Heberto Castillo y de Reyes Heróles, imaginó la transición a la democracia mexicana y puso su corazón, su inteligencia y sus manos a la obra.

Supo que tras la crisis política del 88, se requería de todo el esfuerzo, de toda la imaginación y la voluntad y de enormes dosis de generosidad para construir el escenario donde fueran factibles los cambios estructurales que demandaba México.

Hoy lo recordamos como uno de los grandes ideólogos de la transición mexicana; como un hombre sin cuyas ideas y vocación de hacer política podríamos haber escrito otra historia, una historia con fuego, con sangre, con lágrimas, con dolor. Y Carlos Castillo Peraza se propuso evitar el dolor hasta el límite de sus capacidades.

Combatió con igual entereza al poder corrompido y corruptor que a la posición ideológica incorrupta y pura porque descubrió que el diálogo entre ellas era imposible y que en esa falta dialéctica asoma sus fauces una sociedad intolerante, radical, presta a la sangre y a la rapiña, y ese no era el porvenir que Carlos imaginaba posible.

Defendió la lógica de la oposición dispuesta a hacer política y corrió el riesgo de ser señalado por los perfeccionistas y por los maniqueos, por los falsos profetas del ideal sin tacha, porque supo que en la vida del hombre, del hombre real, el valor está en el bien posible, en el resultado tangible que sólo se construye en el entendimiento y en el diálogo.

Para Carlos Castillo Peraza la legitimidad y autenticidad de la representación política y de la dignidad del Poder Legislativo, eran elementos indispensables para la construcción del espacio público, del espacio donde la palabra adquiriera la resonancia suficiente para ser motor de cambios, para producir transformaciones y generar los bienes posibles; lo que nadie puede regatear, los que están al alcance de la conciencia honesta y de la convicción de servicio.

El México que Carlos creyó posible ha fincado sus reales en nuestro suelo, las luchas de Carlos son un bien que se concretó. Sigue nuestra responsabilidad, sigue la construcción del México posible. Necesitamos una democracia fuerte y eficaz que ahuyente cualquier tentación de retroceso autoritario, necesitamos un estado de derecho que erradique la cultura de la ilegalidad y que fomente más la transparencia y la rendición de cuentas; necesitamos un México que se inserte exitosamente en la mundialización.

La agenda es amplia, el reto es enorme, pero si Belisario Domínguez con su valor y con su muerte, si Carlos Castillo Peraza con su convicción y con su vida fueron capaces de detonar algunos de los acontecimientos que nos dieron democracia, a nosotros nos corresponde en la pluralidad, en el respeto, en el diálogo razonable y en el amor a México provocar el acontecimiento que nos dé una Patria ordenada, un país confiado en sí

mismo, en sus fortalezas y en sus virtudes, un país con vocación de triunfo en donde sea posible construir una vida más digna para todos. Muchas gracias.

DISCURSO DEL LICENCIADO JULIO CASTILLO LÓPEZ

Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Felipe Calderón Hinojosa, agradezco mucho su presencia, es un honor contar con usted; Senador Santiago Creel Miranda, Presidente de la Cámara de Senadores, muchísimas gracias por todo; a toda la Mesa Directiva; al Vicepresidente de la Cámara de Diputados, Diputado Cristián Castaño Contreras; y al Presidente de la Suprema Corte Justicia de la Nación, Ministro Guillermo Ortiz Mayagoitia, muchas gracias.

También me gustaría mucho agradecer a la Comisión de la Medalla Belisario Domínguez, que es en donde se llevó a cabo ese debate.

Es para mí un honor estar en la tribuna más importante de nuestro país, a nombre de mi familia y en representación de mi padre, también es un honor poder estar con todos ustedes y agradecer a cada uno de los Senadores que hicieron posible este momento.

Hoy nos encontramos aquí personas de diferentes ideologías y formas de entender la política, pero con el fin común de hacer de México un lugar mejor para todos, y es por eso que podemos ser copartícipes de la unidad de nuestro país.

Mi padre hizo de la amistad un pilar del entendimiento, y hoy en todo el recinto me siento rodeado de viejos amigos, amigos de todo y en todos lados, amigos que vinieron desde lejos a la ceremonia, y amigos ausentes a los que siempre se les recuerda. Mi padre decía que sin espíritu de diálogo, de búsqueda común de la verdad política, el hombre entra en un laberinto, no sabe de dónde parte ni a dónde llega.

Belisario Domínguez fue un valiente legislador que por pensar diferente jugó con la muerte. Mi padre, plasmando ideas, siempre en vida logró cambiar un poco las cosas.

Mi padre tuvo muchos oficios a lo largo de su vida, fue escritor, político, periodista, profesor, conferencista. Escribió textos de gran trascendencia en los que logró plasmar las ideas que ayudaron a hacer de nuestro país un lugar más justo y democrático para todos.

También tenía un sentido crítico del porvenir impresionante, en sus textos se pueden encontrar temas como la globalización y la mundialización de los que se seguirá hablando un buen tiempo.

En realidad sus escritos estaban llenos de ideas, ideas para alcanzar el porvenir posible del que tanto hablaba.

En periódicos, revistas, en discurso y en tribuna, defendió sus conceptos, y aunque tenía extremos inalcanzables, casi siempre se llegaron a acuerdos que se convirtieron en hechos.

En su última faceta, cuanto tuvo un programa de televisión, todos podemos apreciar su capacidad argumentativa y de diálogo, puedo decir que mi papá se dedicaba a hacer ideas, ideas que primero plasmó en palabras y después llevó a cabo en la política. Creo que el reconocimiento se le entrega por eso, y en realidad es un orgullo. Creo que un país

que reconoce las ideas, es un país que está en buenas manos. La riqueza está en la diversidad que nos une, a fin de cuentas.

No me resta más que agradecer a todas las personas presentes que hicieron esto posible. Yo puedo decir con mucho orgullo que el país que vio nacer a mi padre es muy distinto al que nos dejó al morir. Espero que todos hagamos lo propio para seguir con ese camino.

Muchísimas gracias.